

FLORESMIRO DOGIRAMA: "Zroara Nebura. Historia de los Antiguos. Literatura oral emberá"

Compilada por Mauricio Pardo. Centro Jorge Eliécer Gaitán. Bogotá, 1984

Con magníficas ilustraciones de la fauna que aparece en los relatos, realizadas por César Landázabal, el antropólogo Mauricio Pardo nos presenta en este segundo volumen dedicado a la literatura oral indígena por el Centro Jorge Eliécer Gaitán, una amplia colección de mitología emberá, recopilada en su totalidad en el alto Baudó en el Chocó.

Floresmiro, su narrador principal, hace desfilar ante nuestros ojos el amplio abanico de los seres primordiales, sean ellos humanos o animales, así como de las circunstancias de su actuar, pleno de significación, con maestría lograda a base de sus excepcionales cualidades personales, desarrolladas además, por su intensa vivencia del hacer emberá y por el frecuente y prolongado contacto con antropólogos de todas las latitudes, desde el sueco Nordenskiöld, a quien encontró en los comienzos de su vida de indio adulto, hasta los más recientes como el inglés Moser, la suiza Arienne Deluz y el colombiano Pardo, quien cierra el ciclo y recoge sus frutos más depurados.

El compilador ha agrupado las veintiséis narraciones en varios capítulos de historias: del principio, de Ba (el trueno), de cuñados, de Jaibanás, de guerra, de cimarrones, de animales, diferenciación que parece obedecer sobre todo a los tipos de personajes que aparecen en ellas como protagonistas principales.

Dado el papel que las transformaciones de unos seres en otros y la antropomorfización de la naturaleza juegan en el pensamiento emberá, el anterior criterio no resulta ser el más adecuado, dejando en el lector bastantes dudas. Si a esto se agrega el hecho de que en el mito los personajes, sus actuaciones y condiciones de vida son sólo materializaciones narrativas de conceptos muy abstractos y fundamentales, es posible pensar en otras maneras de agrupar las historias. Así parece intuirlo el propio Pardo cuando nos presenta como historias de cuñados muchas de aquellas construidas teniendo animales como eje narra-

tivo: el rey gallinazo, los puercos de monte, la nutria, el cuervo, o cuando considera como de jaibanás algunas que se refieren a tigres, animales estos que, por lo demás, aparecen en la mayor parte de los textos incluidos en el libro.

A esto se suma que las notas de pie de página, no siempre oportunas, pues a veces aparecen luego de varias utilidades del término que quieren aclarar, y el léxico final, no todo lo completo que sería deseable, no consiguen llenar en forma suficiente para el lector profano los vacíos en su conocimiento de los emberá, impidiéndole asimilar más plenamente los relatos.

Un breve análisis de los diferentes mitos podría explicar por qué las historias del trueno jaibaná y del tigre mojado se consideran como de jaibanás y no del trueno y de animales, respectivamente; o por qué la de sierpe, al contrario, es de animales y no de jaibanás; o por qué la de Ventura es referida a estos últimos, cuando podría serlo a los cuñados o a los animales.

Apropiados por nuestra sociedad, el destino de los mitos es hacerse literatura, pero también fuentes en donde bebamos, con su interpretación, el conocimiento que en ellos fue depositado. He aquí, para nosotros, lo valioso de esta historia de los antiguos.

Pero es diferente la concepción que orienta el trabajo que comentamos. Su propio título, literatura oral emberá, lo indica con claridad: las historias de Floresmiro, de Odilia, de Alipio, de Joaquín son tomadas como literatura y no como mitología, trasponiendo a una sociedad indígena una categoría que históricamente corresponde a sociedades muy diferentes y practicando con los mitos una simplificación extrema que los reduce exclusivamente a su aspecto formal, el relato, el cuento, desnaturalizándolos.

La mitología indígena no es un conjunto de "piezas literarias" (como las llama el compilador), es una sistematización del conocimiento, del sistema conceptual y de su aplicación a las necesida-

des de la vida de las sociedades que los producen, es un depósito de su historia. Y como la vida y la historia no terminan, no se estancan, sino que son ríos en perpetuo fluir y cambio, los mitos no se fijan, no cobran forma definitiva, no se estereotipan, al contrario, existen en un proceso de permanente creación y recreación en cada narrador, en cada circunstancia. Por eso su forma es la historia oral, la palabra hablada, la voz humana con su poder de creación. Hacerlos palabra escrita, literatura, detiene su dinámica, los fija en perpetua repetición de lo ya dado, les confiere la fría rigidez de lo ya muerto.

La semblanza de Floresmiro que nos ofrece Mauricio Pardo al comienzo de este libro explica

muchas cosas; su arraigo en el mundo emberá, sus incursiones prolongadas y profundas en el mundo de los blancos, su trabajo en defensa de los intereses de su grupo, su apertura hacia los visitantes de occidente, lo ecuménico de su pensamiento, todo ello hacia de él, de Floresmiro Dogiramá, un hombre de dos mundos, un emberá fuertemente anclado en nuestro tiempo. Nada más natural, entonces, que a través suyo, sus narraciones, aún mitos, ya literatura, hayan llegado hasta nosotros.

Vale, pues, el monumento que, con su libro, el antropólogo ha querido construir en su memoria. "Que los jóvenes no olviden, porque si olvidan es como si murieran".

LUIS GUILLERMO VASCO



TUMACO